

En el infierno se esfuerza por permanecer razonable

ELIAS CANETTI



*Soy el hombre que escribe una historia para no morir de amor, soy el que reza la plegaria de la invención, soy el muñeco desvelado que llora frente a las páginas blancas durante las madrugadas.*

*Al fin y al cabo reconstruiré la fábula de su engaño y me purgaré, y eso es lo importante. Las maneras de superar algo así iré encontrándolas durante el camino. Por lo pronto creeré en un lugar inventado, un pueblo, una ciudad literaria y creeré que allí puedo colarme como un despertador en un sueño. Ahí estaré yo con nueva gente y esa gente hablará mi idioma, el de las palabras que necesito decir o escuchar o escribir o leer. Soy el muñeco desvelado que recrea la parodia de unos días de unos señores y señoras que con la flaqueza de ser imaginarios harán brotar algo mejor que lo que aquí está pasando, aquí en mi casa sola, con apenas mi presencia huidiza y su ausencia de plomo.*

*Soy el hombre que escribe estas palabras desesperadas y soy el que las lee, como quien canta llorando.*

*Perdemos todo: la vida, la emoción, el pelo y el amor. Estamos en la vida recorriendo el camino inocultable de la pérdida constante y nunca el dolor se somete a las terapias del momento. El dolo de la pérdida siempre lastima como si fuera la primera; como si fuera la primera novia que se pierde; como si fuera el primer familiar; como si fueran las primeras llaves: el dolor es la llave dorada de toda pérdida, pero para eso estamos hechos, para ir perdiéndolo todo, hasta la identidad, para el doloroso trabajo de la transformación hecha de pérdidas, de angustiosas pérdidas que nos dejan al borde de la carretera llorando sobre el volante.*

*Perder es exclusivamente una cuestión de tiempo, de segundos eslabonados por repentinas o paulatinas pérdidas, cerradas con preparadas lágrimas, llantos inconsolables, abrazos a la nada, suicidios que suman pérdidas a las siempre consabidas pérdidas marcadas en el irrefutable calendario familiar.*

*Chita se ha perdido, es vieja, fea, ridícula. Chita se ha perdido y todos lo sienten. Chita es la perdida oficial de la comarca de Atelepze. Esperan encontrarla, pero ...*

*¿Quién devolverá las horas de desazón única de saber que alguien ya no está, y que, en este caso, nadie sabrá si la han de recuperar?*

*Escribo porque he perdido y porque me duele y porque necesito decirlo.*

*¿En qué momento ha fallado su guionista? ¿Cuándo le escribió aquellas horribles frases? ¿Cuándo nació para escribirlas? Un ser abominable le ha redactado un libro de la separación por penales, por puntos, por palabras como balas. Quiero dirigirme con el enfado de la razón y con la razón del enfado a los guionistas unidos del amor; sepan que cuando encuentre el monstruo horrible que le ha escrito el guión a aquella que en un momento me ha partido el corazón apenas con palabras, palabras estudiadas, guión encadenado de simbolitos sobre el papel injurioso de lo premeditado, sepan que cuando encuentre a ese analfabeto de todo, voy a clavarle su daño en forma de espiral, voy a insertarle ese castigo y por dentro sus entrañas comenzarán a hablar y escupirán con sangre las palabras justas, las reales, las que debieron haber sido.*

*Será tarde, pero el criminal letrado pasará por la justicia.*

*Con el amor no se juega, muchacho.*

Atelepze es por muchas razones una población curiosa. No se sabe quién le ha puesto los nombres a las calles por ejemplo, pero quien haya sido es digno de la pena de muerte más dolorosa, aún muerto o inexistente. Los vecinos Marcelo y Marcela, Luro y Chita, y Caricia, viven en el Pasaje del Calvario. No alcanza a ser calle, es un pasaje, una vía angosta en la que en un triángulo de pocos metros se vive y se muere. El tránsito alcanza unos cincuenta metros, coronados en una punta por el Predio Patriótico Perfecto y por el otro por el Centro Cultural. En época de fiestas el pasaje es el medio por el cual sale la banda desde el Centro Cultural para llegar al Predio y subirse a la pérgola, pensada para fines bandísticos, culturales, etcétera. En esos días los vecinos de Atelepze colman de banderitas, papel picado, sudor y alegría, el estrecho camino. Se diría que si este fuera un pueblo acomodado, la ventana de cada balcón podría ser alquilada y la azotea también.

El Pasaje del Calvario es un verdadero calvario cuando hay fiestas porque los niños se sangran las rodillas en sus carreras y los vecinos se los llevan para adentro de sus casas para hacerles sus correspondientes curaciones. La gente se desmaya del calor o del frío o de la emoción de ver desfilar a un hijo, nieto sobrino o allegado y hay que llevárselos para adentro acostarlos en las camas, hacerles viento con un diario, mojarles la cara, darles un refresco, decirles que se van a poner bien, negarles que el Pasaje del Calvario es el Calvario de Cristo y que siempre que se pase por aquí se revivirá el cristiano martirio. Los cincuenta metros de la maldita callecita son el hazmerreír de la vecindad entera y la comidilla de los reporteruchos de sociedad.

*Atelepze Atenta*, el pasquín local, tiene como columnista estrella a un viejito que escribe muy mal, pero que por ser

muy viejito, uno de los más longevos del país entero, tiene derecho a escribir su pobre columna que adivinen cómo se titula, pues sí: “Pasaje del Calvario”. Allí no hace más que criticar a casi todos. A los que se salvan los alaba, los endulza, se refriega en su miel vejestorial y cuando no tiene nada que decir o recordar, se mete con las anécdotas más inverosímiles de las fiestas del Pasaje. La última fue la de la niña que murió atragantada con una chupaleta en medio de la fiesta del Kinoto, fruta a la que debe buena parte de su economía las familias del lugar. La niña en cuestión en momentos en que era taponada por el dulce elemento, relataba sin solución de continuidad y en un idioma que los testigos dieron en reconocer como arameo o latín e/y/o/u idish o ruso o húngaro (y así hasta el portugués), la ascensión a los cielos de la Virgen de la Agarradera. El viejo columnista retrata con una habilidad insuperable para la ilegibilidad, el modo en que la criatura en cada último suspiro “se transformaba en la virgen, mientras el palito se iba hundiendo en la ‘gargantita fatídica’ ”.

## HOSTELERÍA

Atelepze cuenta con una de las mejores redes hoteleras y hosteleras de región.

Con cienmilmillonestrescientascincuentamiltrillones de camas, y sus respectivas almohadas y fundas, la ciudad se da el lujo de dejar lugares sin ocupar cuando se da una Olimpiada, un congreso de ocultismo o un encuentro intergaláctico de *Tupperware*. En este sentido se puede afirmar sin dudas que Atelepze le hace honor a la autodesignación de *Capital Mundial del Alojamiento*, pues sus instalaciones son variadas, multitudinarias, variadas, multitudinarias, variadas y multitudinarias.

En los hostales propios de la comarca, muy parecidos a

una estrella o menos una estrella, los visitantes podrán encontrar apartamentos seminuevos, semiderruidos, donde no funciona nada pero que se encuentran decorados por unas pinturas con unas naturalezas muertas, muertas.

Sobre las vagabundas cucarachas que cucarachean los rincones siempre hay algo en descomposición con las que se alimentan bien... ¿No las ve que están gorditas? En serio, no se preocupe.

Las vistas suelen ser maravillosas porque dan a un patio interno en el que se suicidan muchos cuando terminan de darse cuenta del paisaje dantesco que su agencia de viajes tenía reservado en su destino.

Todo lo que resulta regentado por la alcaldía de la comarca suele ser lo más económico, aunque debieran de pagarle para que usted se aloje allí.

Google Earth es una esquina en Internet desde donde todo el mundo va siendo fotografiado desde el aire. El árbol de una esquina escondida de San Petersburgo, un coche detenido frente a la embajada turca de Sidney, un puesto de *hot-dogs* en la Quinta Avenida. Y por supuesto todos y cada uno de los detalles de Atelepze.

Marcelo, el bajista, y Caricia, el dueño del bar *Ruleta Rusa* de la esquina del Centro Cultural, son aficionados a mirar-mirarse desde Google Earth, como jugando a la búsqueda de siete diferencias con la realidad, como espías cibernautas de los grandes hermanos con su *mouse* en la mano sudada, como los ciegos con bastones a control remoto. En esa práctica Marcelo y Caricia se encuentran en el mismo instante con su ojo de Internet sobre sus casas, sobre el Predio Patriótico Perfecto, sobre el Centro Cultural, sobre el Pasaje del Calvario, sobre la terraza de Luro... sobre la terraza de... sobre...



Un minuto después Marcelo y Caricia están en la calle, los dos, uno pegado al otro con la vista enfocada hacia esa terraza donde falta lo esencial, la habitante eterna del tango, la vieja Chita, la maldita ausente, la madre de Luro, la que no está, la que sospechosamente no está.

Sale Luro. Los ve a los dos con las miradas asombradas de dos tontos que señalan el cielo. Luro va a su encuentro, se coloca en silencio a su lado y ahora son tres monitos congelados contemplando el vacío dejado en la terraza.

Chita, maldita sea la suerte, no está donde en esta vida estuvo siempre.

Los tres entran a la casa y comienzan una búsqueda frenética, sobreactuada. No hay cortina que no se descorra, ni cama que no se levante, ni ropero que no se abra y se huela el alcanfor de los días. Chita se establece en la tarde como una desaparición excluyente, un verdadero y comprobado no estar donde se estaba. Los tres vuelven a la calle, Luro se queda en la puerta, Marcelo va hasta la esquina del Predio Patriótico Perfecto, Caricia hasta la esquina de *Ruleta Rusa*, su propio bar. Los tres ensayan viseras con las manos y desarrollan desencuentros, posible escenarios de secuestros, caídas en pozos sépticos, abducciones extraterrestres, conversiones de sexo, sirenas encantadoras, disfraces despistadores, amores rebeldes y en fuga de la tercera edad. Caricia aporta, para su mismo regocijo de la infelicidad, la siempre posibilidad del suicidio.

Por un momento un gusanillo de esperanza se enciende en los tres pares de ojos y, telepáticos, se proponen: a la terraza. Suben escalones paralelos y saltados y se encuentran en el vacío, son tres aviones carreteando en una inmensa pista de tardecita. Las lucecitas imaginarias

invitan a la ratificación de la pérdida, de los hombres solos girando en ronda y cariacontecidos. Caricia, que siempre apuesta a una posibilidad íntima y fatal, pospone el simple final y se acecha a sí mismo: la siempre posibilidad del incendio interno, de la consumición por autotemperatura, autocombustión, *biopirogénesis*. Sin más, se prende los ojos de buscar cenizas humanas y al cabo de pocos minutos, lo deja, no se ve a simple vista la terraza como posible cenicero.

En la puerta de la casa de Chita, los nervios se van apagando y los tres van dejando que la sensación de pérdida se les deposite lenta y amigable. Encienden unos *Marlboro Light* y soplan el humo hacia atrás dibujándose una bufanda gris que los hermana, los abriga y los envuelve en un principio de sociedad involuntaria de la desolación.

*Maya llegó a nuestra casa con flores y nunca lo había hecho. Era un evidente motivo de sospecha. Un rato después, apenas unos minutos, me confesó que en aquellas semanas en Estados Unidos había conocido a uno que le había dado vuelta la cabeza y que hacía cuatro meses que se comunicaba vía telefónica y también a través de e-mails. Después de siete años de vivir juntos y como si no le interesara nada de mí, se sentó y desembuchó algunos detalles escalofriantes para cualquiera enamorado inocente y recién enterado. Dijo que aunque me doliera yo debía saber que hacía varias semanas no dejaba de pensar en él y que creía que finalmente había llegado el hombre de su vida. No mostraba ningún tipo de culpa, su cara miraba hacia el televisor que apagado le hacía de espejo gris. Maya contó que lo había conocido en un bar junto a unas amigas y que luego fue a su casa donde el hombre vivía junto a su mujer. Me dijo con una sonrisa de Gioconda exagerada “cómo son las coincidencias”, que después de pensarse mucho se llamaron y enseguida se conectaron, con ese cable asqueroso de los que se enamoran a costa de otros. Maya me contaba el cuento como si yo fuera su amiga, y pasáramos el rato recostados en una habitación de adolescentes sobre cojines rosas y peluches.*

*Se sonreía la maja vestida. Se la veía realmente emocionada con la historia, la revivía, la gozaba, se estremecía, hacía cálculos de futuro con otro hombre a un metro de mí. Y lo peor de todo es que cuando se fue por esa puerta, triste porque sabía que se iba para nunca más volver, pero contenta porque se encontraría con él, en Estados Unidos o en su imaginación, me dijo que las flores me las traía por mi ascenso de trabajo, que me felicitaba y que realmente se alegraba por mí.*

*Gracias, le contesté.*

—Mi hijo me trata como a una vaca. Me da de comer como a una vaca, me medica como a una vaca, me acaricia como a una vaca, se cree que soy una vaca. Mi hijo es veterinario y me confunde con un animal, más precisamente con una vaca.

Luro escucha a Chita, su madre, recitar estas confesiones durante todas las largas tardes de su vida. Se sientan en la puerta de la casa, Luro en un banquito de paja y Chita en su silla de ruedas, y Chita habla y Luro escucha, trata de comprender y a veces de no comprender, mira el cielo, fuma cigarrillos armados, se peina con los dedos de punta.

Marcelo vive justo enfrente de ese hijo y esa madre, en una casita pintada de amarillo. Luro le jura a Marcelo que el amarillo le trae depresión y Marcelo responde que el amarillo le da igual, que los colores le dan igual, que a él sólo le interesan los sonidos. Ese amarillo, le dice Luro, te lleva para el país de los muertos. El bajista mira a Chita que a veces parece muerta, colmada de ceguera tras sus gafas de motociclista, cristales ahumados por el tiempo de las tardes de barrio.

Marcelo le pregunta a Luro si es verdad que tiene un hermano veterinario. El viejo responde que no, con una sonrisita que se le cae como una lágrima por la barba incipiente. La madre de Luro, según cuenta la leyenda pueblerina, tuvo un novio veterinario. Uno de esos novios que se mueren en un accidente terrible y dejan a la novia tejiendo mantones o haciendo buñuelos pasados o hablándole a santos de yeso. El veterinario iba en coche a un campo por un tema de vacas, cuando por el camino se cruzó una vaca gorda, hermosa, *la vaca de la muerte*. Las versiones son múltiples. Unos dicen que él murió al instante y que la vaca sobrevivió a la tragedia, y que tras esos días la sobreviviente expulsaba leche roja por

hectolitros como una manguera de sangre. Otros, que los dos protagonistas murieron calcinados tras la explosión del vehículo y que en el amasijo las tripas humanas se confundían con las vacunas. Los más surrealistas dejaron caer como sin quererlo que el científico cuerpo del novio de Chita entró “como por arte de magia o hechicería” en la masa animal y se fundieron, o se introdujo, como feto muerto, como inclusión fantástica, como hermanamiento azaroso. Lo cierto es que a la vieja, casi ciega, se le ha quedado en el recuerdo un *hijo veterinario* y no un *novio veterinario* como debería ser.

Cuando Chita termina sus parlamentos, se seca los labios con un pañuelo bordado de florcitas que desenfunda de una manga. Después larga una risotada larga que le desequilibra la dentadura y luego un bostezo o un eructo. Un rato más tarde se relaja y se suena los nudillos endebles unos tras otro en lenta y precisa gimnasia, y toma el bandoneón que descansa sobre una caja negra revestida en su interior por un acolchado morado. De ahí en más la tarde se viste de tangos. Tangos antiguos. Dos o tres, siempre los mismos. El clásico más repetido es uno que se llama *La vida me engañó*.

Chita cuenta con los botones del bandoneón lo que no puede contar ya con su cerebritito ajado.

#### ATELEPZE MONUMENTAL

La vida monumental de Atelepze se resume a dos lugares: el Predio Patriótico Perfecto y la Fuente de Cristal de Borsella.

*La Fuente de Cristal de Borsella.* Erigida en el cruce de las avenidas Delano y Güemes, es la principal boya de referencia de los atelepzcencios, a quienes les gusta decir que la Fuente de Cristal de Borsella es lo que a Nueva York la Estatua de la Libertad, a Liverpool los Beatles, a

Uruguay Eduardo Galeano, y a Sri Lanka lo que corresponda a ese país o a esa región o a esa localidad y que resulte tan representativo como lo antes nombrado. Si a un atelepzenso se lo detiene por la calle y se le pregunta por una dirección a la que se quiere llegar, el susodicho le marcará siempre como primera referencia la fuente o quizás otra cosa. Hay atelepzésimos, casi todos fanáticos de la obra, que cuando nombran a la fuente se quedan en ese detalle y casi ya no pueden continuar el discurso, dado el exagerado interés que muestran en ciertas precisiones sobre el monumento, que no se les ha solicitado en ningún caso. El que pregunta, ya sea desde su coche, desde su bicicleta o desde sus pies cansados, termina largándose enfadado. Ejemplo:

—Señor atelepzenso: ¿Cómo podría yo llegarme hasta el Museo de la Percha de Atelepze?—, pregunta el visitante o el desorientado o el que pregunta por preguntar.

Respuesta:

—Cuando llegue a la Fuente de Cristal de Borsella, esa que se construyó el día de la Ciénaga una mañana de agosto en que nuestro escultor Borsella, después de haber regado su jardín de hortensias y aspirar a construir un mundo mejor, esa que pesa doscientas toneladas de vidrio puro con incrustaciones de perlas llegadas del Mar Rojo, esa que ...

Llegando desde el sur por la Avenida Delano, la fuente se asemeja a una canasta enorme de mimbre acristalado, de la que surge un pulpo con dieciséis mil brazos y al que se le ve la nuca redonda y blanca como una Luna llena. Es una hermosura.

*El Predio Patriótico Perfecto.* Fue obra de muchos arquitectos al mando de Próspero P. Pontillo, sureño, biótico, mentolado. Nacido en Chile en tiempos araucánidos, gustaba del pisco y del mar, un mar de

pisco, con eso soñaba, con tener para él un mar de pisco, el atorrante. Buen escultor, mejor pintor y arquitecto sublime siempre que no hablemos del Predio Patriótico Perfecto, el cual es considerado en el mundo de la arquitectura el espacio mejor aprovechado para el mal gusto. Cinco mil quinientas estatuas de diferentes próceres cruzan por un lado y otro los caminos, llenos de bosques, lagos, dunas y ladrones. Qué cantidad de ladrones... Pero eso léanlo en “Ladrones en Atelepze, una cultura del atraco”. *Atelepze Atenta*, Página 12, 19/12/1995.

Después de los cigarrillos y de la aceptación de que Chita ha desaparecido, Marcelo, frotando distraído un *pin* de los Sex Pistols que lleva en la solapa de su camiseta, propone que hay que dejar madurar la desaparición, que lo mejor será esperar unas horas, unas veinticuatro horas antes de avisar a nadie. Quizás así, como quien no quiere la cosa, aparecerá cantando como si nada hubiera pasado y nada pasará realmente. La hipótesis de trabajo no convence, pero ni Luro ni Caricia tienen ninguna idea que arriesgar. Siguen fumando y esperan, esperan juntos mirando la terraza sentados en el bordillo de la vereda de enfrente.

El sol baja, llega la tarde y un naranja y unos verdes cruzan el cielo como los colores de una frutera de todo por cien. Las miradas nerviosas por momentos y melancólicas por otros de los dos jóvenes y del hombre maduro, se deslizan por todos los rincones del Pasaje del Calvario con la turbación y el enajenamiento de un periscopio, con el olor de un sabueso y con el éxtasis fóbico del niño extraviado en la multitud. Son, en esa tarde que declina y aspira lentas las sombras, un pedido de vuelta a casa, de aparición con vida de la viejita que

canta tangos y es la musa perpetua del Pasaje, la Mater Chita, la que no puede haberse evaporado en una tarde tan tropical, tan fruta, tan niño.

Cuando ya la Luna está llamando a las estrellas y las horas se le metieron en los bolsillos y les adornan las cabezas de los tres como sombreros de luces, ven cómo van llegando al bar de Caricia los borrachos y los bebedores de café, y los amantes del suicidio y de las artes relacionados con la muerte. Caricia, dueño y mentor de *Ruleta Rusa*, no quiere perderse el disfrute de la depresión que se les está metiendo a los tres en el cuerpo, por eso los invita a seguir la espera en el bar.

En la barra pone tres bebidas blancas, una del lado del dueño y las otras dos de lado de los que pagan pero no esta noche. Los tres suponen a la vez en sus silencios alcohólicos, que cuando vuelvan a salir a la calle y giren la cabeza hacia la terraza de Chita, todo estará en su lugar y que ninguno se atreverá a recordar la tarde, como si la hubieran soñado juntos y nada llamara al recuerdo, como si todo hubiese sido un lamentable error, una alucinación colectiva para tres.

Así que de tanto pensarlo, vuelven a la calle. La desaparición se confirma. La Luna alta y recostada sobre unas nubes recibe con resignación las caras blandas de los hombres. Luro toma con cada mano los hombros de sus compañeros de espera y los invita a caminar hasta la otra esquina, donde empieza el Predio Patriótico Perfecto. En un banco de plaza, Luro recuerda sus pérdidas y le dice a Marcelo y a Caricia que no quiere perder a su madre, que es lo único que le queda en la vida, que lo ayuden, pide encarecidamente que lo ayuden y los ojos se le llenan de lágrimas mientras disimula prendiendo un *Marlboro Light*. (Hace un tiempo su médico le ha prevenido que su cáncer está por llegar y que el tabaco lo



llama como una sirena a su Ulises de tierra)

Luro y Caricia dan pataditas en el piso, fruncen el ceño, eligen estrellas para clavar sus miradas, tiran piedritas y se muestran solidarios y compañeros. Marcelo, le recuerda que son sus amigos y que harán todo para encontrarla, que la encontrarán, que ya verá que la encontrarán. Nadie, en lo íntimo de sus corazones, cree que el hallazgo sea fácil.

Mañana temprano irán a la policía, se prometen, ese es el primer lugar al que acudir en estos casos. Ellos sabrán orientarlos. Debe de existir como un mapa para los desesperados, una ruta establecida para los que buscan desaparecidos. Mañana por la mañana, a las nueve, todos en el *Ruleta Rusa* de la esquina. Hasta mañana, será mejor dormir y arrancar el día con esperanza.

*Me preocupo mucho pero sólo durante unos segundos cuando me despierto y no encuentro a Maya a mi lado. Me serpentea una sensación de desasosiego como el de una muerte repentina y fugaz. La condición del recién despierto es de las peores que el ser humano conoce. Todo le es extraño, incómodo, amenazador. Es un bebé indefenso, una criatura abierta a la aventura criminal del día. Maya era para mí, casi el seguro o por lo menos la esperanza de que todo podría ir bien, de que mis ojos tenían otros ojos de repuesto, de que mi respiración otro aliento.*

*Ahora que ya puedo reconocer en el techo a la lámpara de tres luces que iluminan el centro de mi cama y que empiezo a saborear con la imaginación un croissant con mermelada, me echo al suelo, a mis zapatos, a mi pasta de dientes y a mi matinal mal humor. Comienzo el día como en las propagandas de la televisión, pero exactamente al revés. Sin energía, sin Zucaritas de Kellogs, sin barritas de cereales para campeones. Mañanas lentas de hombre inútil sin mujer a su lado. Hombre tonto, día imbécil.*

Justo enfrente de la casa de Luro y Chita viven Marcelo y Marcela. Ella está de nueve meses y cree que será varón. La panza viene en punta y ya se sabe que es el mejor indicativo de la masculinidad del feto. Marcelo imparte clases de bajo y guitarra. Los martes y los jueves ensaya con su grupo de rock que dio en llamar VED, sigla que significa *Vehículo Extraterrestre Dirigido*. Muchas veces cuando termina de ensayar con su grupo (bajo, batería y él en la guitarra y la voz), se cruza hasta lo de Chita y le pregunta que si ha escuchado el nuevo material. Chita y el barrio siempre escuchan el nuevo material porque las casas tienen paredes muy delgadas, las calles son muy estrechas y el volumen que usa VED para ensayar es verdaderamente alto. Marcelo se queda atendiendo las reflexiones de Chita y la mira y se imagina que la vieja es un hada musical del tipo de la Guerra de las Galaxias, y que en cada palabra suya encontrará la verdad de su arte y, por qué no, de su vida. Ella a tientas alcanza la melena de Marcelo y le acaricia la cabeza. Quién sabe qué pensará cuando lo acaricia. Después Marcelo vuelve a su casa y le dice a Marcela que Chita cree tal o cual cosa sobre las nuevas canciones de su banda. Marcela se muestra siempre arisca, porque siempre fue arisca y porque el embarazo la ha vuelto un poco más. Marcelo se ríe y le desenfunda la panza en punta y le besa el ombligo y le inventa melodías rockeras a su hijito nonato.

## CARNAVALES

Gracias, comarca querida de Atelepze, por tus carnavales, por tu innata manera de volverte otra, por sentirte una máscara absurda de la realidad.

Frecuente es que en la avenida Giaccardi, avenida donde por excelencia se festeja el carnaval en la ciudad, se patine con poca elegancia, dada la innumerable cantidad

de líquidos espumosos con que los niños y los no tan niños se echan como quien espanta un demonio. El carnaval que en tiempos de Gleizer I estaba prohibidos por paganismo y otros ismos, se da en Atelepze con una longitud parecida a la del año. O sea, se festeja todo el año. Es decir que todas las noches en la avenida Giaccardi, avenida que lleva el nombre de un ilustre timbalero de la época de oro del “Chachachá atelepsound”, a cierta hora nunca precisa los vecinos del lugar se travisten y llevan el festejo hasta las últimas consecuencias. Si no me equivoco, los domingos casi no se festeja por descanso, pero si un domingo cae fiesta, pues también se festeja con mala cara, pero se festeja al fin.

El tema del cambio de traje es todo un tema porque los que se visten de diablo una noche no se pueden vestir todas las noches del mismo diablo, con lo cual y debido a la pobreza imperante en la zona, hacen cambios imperceptibles que los rediman de la crítica, incluso de la descalificación cruenta sin medida. Un cambio de mocasín por chancleta, la variante de un destornillador en la mano o un caramelo en la boca, es para los concurrentes motivos de *soy otro del que fui en el día y otro diferente del que fui en la noche de carnaval pasado*. Ese destornillador o ese mocasín convierten al disfrazado en un verdadero desconocido otra vez y la fiesta del enmascaramiento vuelve a empezar.

Se prohíbe llevar perros reales porque se espantan y terminan mordiendo a los asistentes. La última vez que un perro mordió a un atelepzi se dio un caso ejemplar. El atelepxi narró sangrante pero nadie le creyó porque todos pensaron que el sangrante caracterizaba a un vecino mordido de modo muy realista, e incluso unas horas más tarde al mismo vecino como un fallecido, muerto por esa misma

mordedura. Los más admirados se preguntaron a sí mismos ¿qué móvil creativo impulsaba al mordido/muerto ante tal derroche de personajes? (dos en la misma noche: herido por mordedura y muerto por mordedura), siendo que otros se rompían la cabeza elucubrando en que cambiarían para el otro día.

Los extranjeros deben llevar su documentación en regla y hacerse pasar por vecinos del lugar, para llegar al carnaval de la avenida Giaccardi. Reglas son reglas.